

IX

LAS VIOLETAS DEL POLO

En aquel tiempo, Rodolfo estaba perdidamente enamorado de su prima Angela, que no le podía sufrir, y el termómetro del ingeniero Chevalier marcaba doce grados bajo cero.

La señorita Angela era la hija de Monetti, el fabricante de estufas de quien hemos tenido ocasión de hablar. La señorita Angela tenía diez y ocho años, y acababa de llegar de la Borgoña, donde había estado cinco años al lado de una parienta que debía legarle su hacienda después de su muerte. Aquella parienta era una mujer vieja que nunca había sido joven ni guapa, pero que había sido siempre mala, á pesar de ser devota, ó precisamente por eso. Angela, que al marcharse era una niña encantadora, regresó al cabo de cinco años transformada en una hermosa, pero fría, seca é indiferente joven. La vida retirada de provincia, las prácticas de una devoción excesiva y la educación fundada en mezquinos principios que había reci-

do, habían llenado su espíritu de prejuicios vulgares y absurdos, embotado su imaginación, y hecho de su corazón una especie de órgano que se limitaba á llenar su función de péndulo. Angela tenía, por decirlo así, agua bendita en las venas en lugar de sangre. A su regreso, acogió á su primo con una reserva glacial, y él no hizo más que perder el tiempo cada vez que probó de hacer vibrar en ella la cuerda sensible de los recuerdos, memorias del tiempo en que ambos habían esbozado aquella pasioncilla á lo Pablo y Virginia, que es tradicional entre primitos. Esto no obstaba para que Rodolfo estuviera muy enamorado de su prima Angela, que no podía sufrirle; y habiendo sabido un día que la joven debía asistir dentro de poco á un baile de bodas de una de sus amigas, se había entusiasmado hasta el punto de prometer á Angela un ramo de violetas para ir al baile. Y Angela, después de haber pedido permiso á su padre, aceptó la galante oferta de su primo, insistiendo además porque las violetas fuesen blancas.

Rodolfo, completamente feliz por la amabilidad de su prima, saltaba y cantaba mientras subía á su *Monte de San Bernardo*. Así llamaba á su domicilio. Pronto se verá por qué. Cuando atravesaba el Palacio Real, al pasar por delante la tienda de la señora Prevost, la célebre florista, Rodolfo vió expuestas violetas blancas, y por curiosidad entró para preguntar su precio. Un ramillete presentable no costaba menos de diez francos, pero lo había que costaban mucho más.

—¡Demonio!—dijo Rodolfo,—diez francos, y sólo dispongo de ocho días para buscar ese millón. Dificilillo será; pero me es igual, mi prima tendrá su ramillete. Ya sé cómo.

Esta aventura ocurría en tiempo del génesis literario de Rodolfo. Entonces no poseía otra renta que una pensión de quince francos al mes, que le pasaba uno de sus amigos, un gran poeta que, después de una larga permanencia en París, había llegado á ser, merced á algunas protecciones, maestro de escuela en provincia. Rodolfo, que tenía por madrina á la prodigalidad, gastaba siempre su pensión en cuatro días; y como no quería abandonar la santa y poco productiva profesión de poeta elegíaco, vivía el resto del tiempo del maná casual que cae lentamente de las cestas de la Providencia. Aquella cuaresma no le espantaba; atravesábala alegremente, gracias á una sobriedad estoica, y á los tesoros de imaginación que derrochaba cada día para llegar al primero del mes, aquel día de Pascua que ponía término á su ayuno. En aquella época, Rodolfo vivía en la calle de la Contraescarpa de San Miguel, en un gran caserón que se llamaba antiguamente el palacio de la *Eminencia gris*, porque el padre José, el alma condenada de Richelieu, había vivido en ella, según se decía. Rodolfo ocupaba el sitio más alto de la casa, uno de los más elevados con que cuenta París. Su cuarto, dispuesto en forma de mirador, era, durante el verano, una deliciosa habitación; pero de octubre á abril era un pequeño Kamtchatka. Los cuatro vientos cardinales, que penetraban por las cuatro ventanas que se abrían en los cuatro muros, acudían á ejecutar feroces cuartetos durante todo el invierno. Como por ironía, veíase además una chimenea cuya inmensa abertura parecía un arco de triunfo reservado á Bóreas y á todo su séquito. A los primeros ataques del frío, Rodolfo recurrió á un sistema especial de

calefacción; fué echando al fuego los pocos muebles que tenía, y al cabo de ocho días su mueblaje quedó sensiblemente disminuído: no le quedaba más que la cama y dos sillas; hay que advertir que estos muebles eran de hierro, y por lo tanto, asegurados contra incendios. Rodolfo llamaba á esta manera de calentarse, mudar de casa por la chimenea.

Corría, pues, el mes de enero, y el termómetro, que marcaba doce grados en el muelle de las Tro-neras, hubiera señalado dos ó tres más si hubiese sido llevado al mirador que Rodolfo había bautizado con los nombres de *Monte de San Bernardo*, *Spitzberg* y *Siberia*.

La noche en que prometió violetas blancas á su prima, Rodolfo experimentó un ataque de ira al volver á su casa: los cuatro vientos cardinales habían roto otro cristal jugando por los cuatro rincones del cuarto. Era el tercer destrozo de aquel género en los últimos quince días. Rodolfo prorrumpió en furibundas imprecaciones contra Eolo y toda su traviesa familia. Después de tapar aquella nueva brecha con el retrato de uno de sus amigos, Rodolfo se acostó vestido entre las dos tablas de borra dura que llamaba sus colchones, y toda la noche soñó violetas blancas.

Al cabo de cinco días, Rodolfo no había hallado aún ningún medio que pudiera ayudarle á realizar su ensueño y era ya la antevíspera del día en que debía regalar el ramillete á su prima. Durante aquellos días, el termómetro había bajado aún, y el desdichado poeta se desesperaba temiendo que las violetas se habrían puesto más caras. Por fin, la Providencia tuvo piedad de él, y ahora veremos cómo acudió en su auxilio.

Una mañana, Rodolfo se dirigió, salga lo que saliere, á pedir almuerzo á su amigo el pintor Marcelo, á quien halló hablando con una mujer vestida de luto. Era una viuda del barrio; había perdido á su esposo recientemente, y fué á preguntar cuánto le llevaría por pintar en la tumba que había hecho levantar al difunto, una *mano de hombre*, encima la cual había de escribirse:

TE ESPERO, QUERIDA ESPOSA.

Para obtener el trabajo más barato, la señora hizo observar al artista que cuando Dios la llamara á reunirse con su marido, debería pintar otra mano, su propia mano, adornada con un brazalete, y con otra leyenda que debía estar concebida así:

YA ESTAMOS REUNIDOS...

—Yo pondré esta cláusula en mi testamento,—decía la viuda,—y exigiré que el trabajo sea confiado á usted.

—Siendo así, señora,—respondió el artista,—acepto el precio que usted me ofrece... pero es con la esperanza del *apretón de manos*. No me olvide en su testamento.

—Yo desearía que me entregara eso lo más pronto posible,—dijo la viuda;—no obstante, tómese usted el tiempo que necesite y no olvide la cicatriz en el pulgar. Quiero una mano viva.

—Hablará, señora, esté usted tranquila,—dijo Marcelo acompañando á la viuda hacia la puerta. Pero, cuando estaba para salir, ésta volvió sobre sus pasos.

—Olvidaba preguntarle una cosa, señor pintor;

yo quisiera hacer escribir para la tumba de mi marido una composición en verso, en la que se relataran la buena conducta y las últimas palabras que pronunció en su lecho de muerte. ¿Le parece si es de buen tono?

—¡Muy de buen tono! A eso le llaman un epitafio y es cosa de muy buen tono.

—¿No conocería usted á alguien que hiciera eso barato? Conozco á un vecino mío, el señor Guérin, escritor, pero me ha pedido un ojo de la cara.

Aquí Rodolfo lanzó una ojeada á Marcelo, que comprendió en seguida.

—Señora,—dijo el artista señalando á Rodolfo,—una feliz casualidad ha traído aquí la persona que puede serle útil en estas dolorosas circunstancias. El señor es un poeta distinguido, y difícilmente podría usted hallar quien le aventajara.

—Yo desearía especialmente que fuese triste,—dijo la viuda;—y que estuviese bien de ortografía.

—Señora,—dijo Marcelo—mi amigo se sabe la ortografía por la punta de los dedos: en el colegio ganaba todos los premios.

—Toma—dijo la viuda—mi sobrino también ha ganado un premio; y sin embargo, no tiene aún siete años.

—Muy precoz es ese niño—respondió Marcelo.

—Pero—dijo la viuda insistiendo—¿el señor sabe hacer versos tristes?

—Mejor que nadie, señora, porque ha sufrido muchos disgustos en la vida. Mi amigo se distingue por los versos tristes, lo que le critican constantemente los periódicos.

—¡Cómo!—exclamó la viuda—¡hablan de él en los periódicos! Entonces tiene mucho más talento que el señor Guérin, el escritor.

—¡Oh! ¡mucho más! Diríjase usted á él, señora; no tendrá por qué arrepentirse.

Después de haber explicado al poeta el sentido de la inscripción que deseaba poner en la tumba de su marido, la viuda convino con Rodolfo en darle diez francos, si quedaba contenta; la única condición era que quería los versos pronto. El poeta le prometió enviárselos al día siguiente sin falta, por medio de su amigo.

—¡Oh, mi buena hada Artemisa!—exclamó Rodolfo cuando se hubo marchado la viuda—yo te prometo que quedarás contenta; yo te saciaré de lirismo fúnebre, y la ortografía estará mejor que una duquesa. ¡Oh buena vieja, que el cielo te recompense dándote ciento siete años de vida, como el buen aguardiente!

—¡Me opongo!—gritó Marcelo.

—Es verdad—dijo Rodolfo—olvidaba que has de pintar todavía otra mano después de su muerte, y que semejante longevidad te haría perder dinero.—Y levantó las manos al cielo diciendo:—¡Señor! ¡no escuches mi plegaria! ¡Ah! ¡qué suerte he tenido en venir!

—Y á propósito ¿qué querías de mí?—dijo Marcelo.

—Voy á decírtelo, pues con mayor motivo desde que me veo obligado á perder la noche para escribir esa poesía, no puedo prescindir de lo que venía á pedirte: Primero, de comer; segundo, tabaco y una vela; y tercero, tu traje de oso blanco.

—¿Acaso quieres ir al baile de máscaras? Tienes razón, esta noche es el primero.

—No; pero tal como me ves, estoy más helado que el gran ejército durante la retirada de Rusia. Mi gabán de lana verde y mi pantalón de merino

escocés son muy bonitos, no hay que decirlo; pero son demasiado primaverales, y propios para vivir en el ecuador; pero cuando se vive en el polo, como yo, es más conveniente un traje de oso blanco, diré más, es indispensable.

—Toma el abrigo de pieles,—dijo Marcelo;—has tenido una buena idea, porque es caliente como una brasa, y estarás en él como pan en el horno.

Rodolfo habitaba ya en la piel del animal velloso.

—Ahora—dijo—el termómetro se verá terriblemente contrariado.

—¿Pero vas á salir así?—dijo Marcelo á su amigo, cuando hubieron terminado una comida frugal servida en vajilla marcada á cinco céntimos la pieza

—¡Pardiez!—dijo Rodolfo—figúrate lo que se me da á mí del qué dirán; además, hoy es principio de carnaval.—Y atravesó todo París con la gravedad del cuadrúpedo en cuya piel estaba embutido. Al pasar por delante del termómetro del ingeniero Chevalier, Rodolfo se detuvo á hacerle una mueca.

Al entrar en su cuarto, no sin haber dado antes un gran susto á su portero, el poeta encendió la vela, rodeándola con gran cuidado con un cucurucho de papel transparente, para impedir las tretas de los aquilones; y se puso á trabajar en seguida. Pero no tardó en apercibirse de que, si su cuerpo estaba casi preservado del frío, sus manos no lo estaban; y aún no había escrito dos versos de su epitafio, cuando un dolor intenso inmovilizó sus dedos, que soltaron la pluma.

—El hombre más valiente no puede luchar con-

tra los elementos—dijo Rodolfo cayendo aniquilado en su silla.—César pasó el Rubicón, pero no habría pasado el Beresina.

De pronto el poeta dió un grito de alegría desde el fondo de su pecho de oso, y se levantó tan bruscamente que vertió parte de la tinta sobre la blancura de su abrigo de pieles: acababa de ocurrírsele una idea, tomada de Chatterton (1).

Rodolfo sacó de debajo su cama un montón considerable de papeles, entre los cuales había unos diez manuscritos enormes de su famoso drama *El Vengador*. Ese drama, en el que había trabajado diez años, había sido hecho, modificado y rehecho tantas veces, que las copias reunidas alcanzaban el peso de siete kilogramos. Rodolfo apartó el manuscrito más reciente y arrastró los demás frente á la chimenea

—¡Estaba tan seguro de encontrarle aplicación—exclamó...—con paciencia! ¡Qué rico haz de prosa! ¡Ah! si hubiese previsto este caso, habría escrito un prólogo, y ahora tendría más combustible... ¡Pero... bah! No se puede pensar en todo. Y pegó fuego en la chimenea á varias hojas del manuscrito, á cuya llama se desentumeció las manos. Al cabo de cinco minutos, el primer acto de *El Vengador* estaba ejecutado y Rodolfo había escrito tres versos de su epitafio.

Nadie sería capaz de describir la sorpresa de los cuatro vientos cardinales cuando advirtieron que había lumbre en la chimenea.

—Es una ilusión—sopló el viento del norte que se divirtió en levantar el pelo de Rodolfo.

(1) Poeta inglés que se suicidó envenenándose á los 18 años (1732-1770).

—Si sopláramos en el tubo—repuso otro—la chimenea echaría humo.—Pero cuando iban á empezar á importunar á Rodolfo, el viento del sur apercibió á Arago (1) en una ventana del Observatorio, desde donde amenazaba con el dedo á los cuatro aquilones.

Al verlo, el viento del sur gritó á sus hermanos: «Huyamos, el almanaque señala tiempo tranquilo para esta noche; estamos en contradicción con el Observatorio, y si no nos acostamos antes de la media noche, el señor Arago nos hará arrestar.»

Mientras esto ocurría, el segundo acto de *El Vengador* ardía con éxito completo. Y Rodolfo había escrito seis versos. Pero sólo pudo escribir dos mientras duró el tercer acto.

—Siempre había dicho que este acto era demasiado corto—murmuró Rodolfo;—únicamente en la representación se reconocen los defectos. Por fortuna, éste durará más: tiene veintitrés escenas, una de ellas la del trono que debía coronarme de gloria...—La última tirada de versos de la escena del trono desaparecía lanzando chispas, y á Rodolfo le faltaba todavía escribir una estrofa de seis versos.

—Pasemos al cuarto acto—dijo, aficionándose al fuego.—Durará cinco minutos, todo él es monólogo.—Luego echó el desenlace, que no hizo más que arder y apagarse. Al mismo tiempo Rodolfo encajaba en un magnífico período de lirismo las últimas palabras del difunto en cuyo honor acababa de trabajar.—Quedará para una segunda

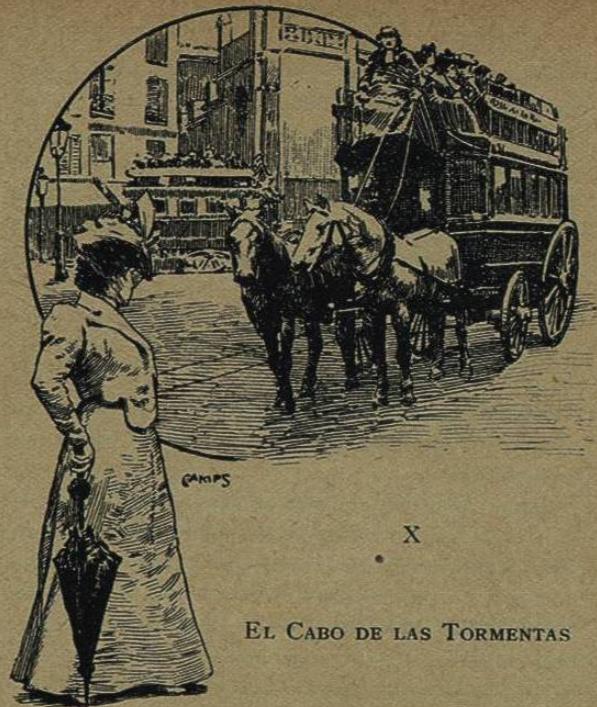
(1) Célebre físico y astrónomo francés, director del Observatorio astronómico (1786-1853).

representación—dijo colocando debajo la cama los manuscritos sobrantes.

Al día siguiente, á las ocho de la noche, la señora Angela entraba en el baile, llevando en la mano un soberbio ramo de violetas blancas, en medio de las cuales se entreabrían dos rosas, blancas también. Toda la noche, el ramillete valió á la joven las felicitaciones de las mujeres y los requiebros de los hombres. Esto hizo que Angela quedara un poquito agradecida á su primo, que le había proporcionado todas aquellas pequeñas satisfacciones de amor propio, y hubiera pensado aún más en él sin las galantes persecuciones de un pariente de la novia que bailó varias veces con ella. Era un joven rubio, poseedor de unos soberbios bigotes retorcidos, que son los ganchos donde se prenden los corazones novatos. El joven llegó hasta á pedir á Angela las dos rosas blancas que quedaban de su ramillete, deshojado por todo el mundo... Pero Angela había rehusado, para olvidar al terminar el baile las dos flores en una silla, de donde el joven corrió á tomarlas.

En aquel momento, había catorce grados de frío en el mirador de Rodolfo, quien, apoyado en su ventana, miraba hacia la barrera del Maine las luces del salón de baile donde bailaba su prima Angela, que no le podía sufrir.





X

EL CABO DE LAS TORMENTAS

En los meses que dan principio á cada nueva estación, hay épocas terribles: el 1.º y el 15 ordinariamente. Rodolfo, que no podía ver sin espanto la aproximación de una ú otra de aquellas fechas, las llamaba *El Cabo de las Tormentas*. Aquel día no es la aurora la que abre sus puertas de Oriente, sino los acreedores, los caseros, los hujieres y demás gente de letras... de cambio. Aquel día empieza con un diluvio de avisos, de recibos y de pagarés, y termina con una granizada de protestas ¡*Dies iræ!*

Ahora bien, por la mañana de un 15 de abril, Rodolfo estaba durmiendo muy tranquilamente...

y soñaba que uno de sus tíos le dejaba por testamento toda una provincia del Perú, peruanas inclusive.

Mientras estaba nadando en pleno Pactolo imaginario, el ruido de una llave que daba vuelta en la cerradura vino á interrumpir al presunto heredero en el momento más esplendoroso de su sueño dorado.

Rodolfo se incorporó en la cama, con los ojos y el espíritu soñolientos aun, y miró á su alrededor.

Entonces divisó vagamente, de pie en medio de su cuarto, un hombre que acababa de entrar, ¡y qué hombre!

Aquel forastero matutino llevaba un sombrero de tres picos, un talego á la espalda y en la mano una gran carterá; vestía traje á la francesa de lino gris, y parecía que estaba muy sofocado por haber subido los cinco pisos. Sus maneras eran muy afables, y su andar sonoro, como lo sería el de una casa de cambio á ser posible que caminara.

Rodolfo se quedó asustado, pues cuando vió el sombrero de tres picos y el uniforme, se figuró que era un agente de orden público.

Pero la vista del talego, bastante repleto, le persuadió de su error.

—¡ Ah, ya comprendo!—pensó—es un anticipo sobre mi herencia, este hombre viene de las Islas... Pero entonces ¿por qué no es negro?—Y haciendo una seña al hombre, le dijo designándole el talego:

—Ya sé lo que es. Déjelo allí. Gracias.

El hombre era un mozo del Banco de Francia.

A la invitación de Rodolfo, respondió poniéndole debajo los ojos un pequeño papel garabateado de signos y cifras de varios colores.

—¿Quiere usted el recibo? Nada más justo. Traiga usted la pluma y el tintero. Allí, sobre la mesa.

—No, vengo á cobrar—respondió el mozo cobrador—un efecto de cincuenta francos. Estamos á 15 de abril.

—¡ Ah!—repuso Rodolfo examinando el pagaré...—De orden de Birmann. Es mi sastre... ¡ Ay! —añadió con tristeza dirigiendo alternativamente la mirada á una levita tirada encima de la cama y al pagaré—las causas se van, pero los efectos vuelven. ¡ Como! ¿ Hoy es el 15 de abril? ¡ Es extraordinario! ¡ Aun no he comido fresas!

El mozo cobrador, cansado de tantas dilaciones, se marchó diciendo á Rodolfo:

—Tiene usted tiempo hasta las cuatro de la tarde para pagar.

—No hay hora para los hombres honrados,—respondió Rodolfo.— ¡ Intrigante! —añadió con pesar siguiendo con los ojos al banquero de tricorno.—Se lleva su talego.

Rodolfo cerró las cortinas de su cama y trató de reanudar el camino de su herencia; pero se equivocó de dirección, y entró orgullosamente en un sueño, en que el director del Teatro Francés, venía, sombrero en mano, á pedirle un drama para su teatro, y Rodolfo, que conocía las costumbres, exigía una buena prima. Pero en el momento en que el director parecía que iba á resolverse, el durmiente fué despertado á medias, otra vez por la aparición de un nuevo personaje, criatura también del 15 de abril

Era el señor Benoit, por mal nombre dueño del cuarto amueblado en que vivía Rodolfo; el señor Benoit era á la vez casero, zapatero y usurero de sus inquilinos; aquella mañana, el señor Benoit exhalaba un repugnante olor de aguardiente malo y de recibos vencidos. Llevaba en la mano una bolsa vacía.

—¡Diablo!—pensó Rodolfo...—Este no es el director del Teatro Francés... ¡Llevaría corbata blanca... y la bolsa estaría llena!

—¡Buenos días, señor Rodolfo!—exclamó el señor Benoit, acercándose á la cama.

—¡Señor Benoit... buenos días! ¿A qué debo el honor de su visita?

—Venía á decirle que estamos á 15 de abril.

—¿Ya? ¡Cómo corre el tiempo! Es pasmoso, tendré que comprarme unos pantalones de nankin. ¡El 15 de abril! ¡Alabado sea Dios! No se me hubiera ocurrido á no ser por usted, señor Benoit. ¡Cuánta gratitud le debo!

—Me debe también ciento setenta y dos francos,—contestó el señor Benoit,—y es tiempo ya de que arreglemos esta pequeña cuenta.

—Por mi parte, no tengo prisa... No es necesario que se moleste usted, señor Benoit. Le daré á usted tiempo... Así la cuentecita crecerá...

—Es que,—dijo el casero,—usted la ha aplazado ya varias veces.

—En este caso, arreglémosla, arreglémosla, señor Benoit; me es completamente igual que sea hoy ó mañana... Y después, todos somos mortales... Arreglémosla.

Una amable sonrisa iluminó las arrugas del propietario; y hasta pareció que la bolsa vacía se hinchaba de esperanza.

—¿Qué es lo que debo á usted?—preguntó Rodolfo.

—En primer lugar, hay tres meses de alquiler á veinticinco francos; total setenta y cinco francos.

—Salvo error,—dijo Rodolfo.—¿Después?

—Después, tres pares de botas á veinte francos.

—Un momento, un momento, señor Benoit, no confundamos; aquí nada tengo que ver con el casero, sino con el zapatero... Quiero una cuenta aparte. Los números son cosa seria, y no hay que confundirse.

—Sea,—dijo el señor Benoit, suavizado por la esperanza de poner, por fin, el saldo al pie de sus cuentas.—Aquí tiene usted una cuenta especial para sus calzados. Tres pares de botas, á veinte francos; son, sesenta francos.

Rodolfo lanzó una mirada de piedad á un par de botas destrozadas.

—¡Ay!—pensó—si hubiesen servido al *Judío Errante*, no estarían en peor estado. El caso es que se han puesto así corriendo tras de María... Continúe usted, señor Benoit...

—Hemos dicho sesenta francos—prosiguió éste.—Además, dinero prestado, veintisiete francos.

—Alto ahí, señor Benoit. Hemos convenido en que cada santo tendría su peana. Usted me prestó ese dinero á título de amigo. Así, pues, separemos el dominio del calzado y entremos en los dominios de la confianza y de la amistad, que exigen cuenta aparte. ¿A cuánto asciende su amistad conmigo?

—A veintisiete francos.

—Veintisiete francos. Muy barato le sale el amigo, señor Benoit. En fin, decíamos: setenta y cin-

co, sesenta y veintisiete... ¿Cuánto suma todo esto?

—Ciento sesenta y dos francos—dijo el señor Benoit presentando las tres cuentas.

—¡Ciento sesenta y dos francos!—exclamó Rodolfo...—¡Es extraordinario! ¡Qué cosa más hermosa es el sumar! Pues, bien, señor Benoit, ahora que está arreglada la cuenta, podemos ambos estar tranquilos, sabemos así á qué atenernos. El mes que viene le pediré el recibo, y como durante este tiempo la confianza y la amistad que nos tenemos no dejará de aumentar, en caso que convenga, podrá usted concederme un nuevo plazo. No obstante, si el casero y el zapatero tuvieran mucha prisa, rogaría al amigo que les hiciera entrar en razón. Es curioso, señor Benoit; pero cada vez que recuerdo su triple carácter de propietario, de zapatero y de amigo, estoy tentado de creer en la Santísima Trinidad.

Mientras escuchaba á Rodolfo el amo de casa se había puesto encarnado, verde, amarillo y blanco; y á cada nueva broma de su inquilino, aquel arco iris de la ira iba obscureciéndose más y más en su rostro.

—Caballero—dijo,—no me gusta que nadie se burle de mí. He esperado excesivamente. Queda usted despedido, y si esta noche no me da usted dinero... yo sé lo que tengo que hacer.

—¡Dinero! ¡dinero! ¿Acaso se lo pido yo?—dijo Rodolfo;—y además, si lo tuviera tampoco se lo daría... Es viernes, y esto me traería desgracia.

La cólera del señor Benoit se cambiaba en huracán; y si no le hubiese pertenecido el mueblaje,

hubiera roto sin duda los miembros de algún sillón.

Sin embargo, salió profiriendo algunas amenazas.

—¡Olvida usted la bolsa!—le gritó Rodolfo llamándole.

—¡Qué oficio!—murmuró el desdichado muchacho cuando estuvo solo.—Preferiría ser domador de leones. Pero—prosiguió Rodolfo saltando de la cama y vistiéndose apresuradamente,—no puedo permanecer aquí. La invasión de los aliados continuará. Es preciso escapar, y además almorzar. ¡Toma! ¿si fuera á ver á Schaunard? Le pediría que me pusiera cubierto en la mesa y además algunos sueldos. Cien francos me bastarán... Vamos á casa Schaunard.

Y mientras bajaba la escalera, Rodolfo encontró al señor Benoit que acababa de sufrir nuevos descalabros de los demás inquilinos, según atestiguaba su bolsa vacía, un objeto de arte.

—Si alguien pregunta por mí, diga usted que me he marchado al campo... á los Alpes...—dijo Rodolfo.—O bien, no, diga que ya no vivo aquí.

—Y diré la verdad,—murmuró el señor Benoit, dando á sus palabras un acento muy significativo.

Schaunard vivía en Montmartre. Había que atravesar todo París. Aquella peregrinación era de las más peligrosas para Rodolfo.

—Hoy—decía entre sí—las calles están empedradas de acreedores.

Sin embargo, no tomó por los bulevares exteriores, según deseaba. Una fantástica esperanza, por el contrario, le dió valor para seguir el itinerario peligroso del centro parisiense. Rodolfo imaginaba que, en un día en que los millones se pa-

seaban en público en hombros de los mozos cobradores, podría muy bien suceder que un billete de mil francos, abandonado en su camino, encontrara á su Vicente de Paul. Con esta ilusión iba Rodolfo andando, con los ojos clavados al suelo. Pero no encontró más que dos alfileres.

Al cabo de dos horas llegó á casa de Schaunard.

—¡Hola! ¿eres tú?—dijo éste.

—Sí, vengo á convidarme á comer.

—¡Ay, amigo mío! en mal punto llegas; acaba de venir mi amante, á la que no había visto desde hace quince días; si hubieses llegado tan sólo diez minutos antes...

—¿Y no podrás prestarme un centenar de francos?—replicó Rodolfo.

—¡Cómo! ¿tú también?—respondió Schaunard en el colmo de la sorpresa...—¿Tú también vienes á pedirme dinero? ¿te confabulas con mis enemigos?

—Te los devolveré el lunes.

—O por la Trinidad. Querido, ¿olvidas á qué día estamos? Hoy no puedo hacer nada por ti. Pero no hay que desesperar por eso, aun no se ha acabado el día. Puedes esperar todavía en la Providencia, que no se levanta nunca antes de mediodía.

—¡Ah!—repuso Rodolfo—la Providencia está demasiado ocupada en cuidar á los pajarillos. Voy á ver á Marcelo.

Marcelo vivía entonces en la calle de Breda. Rodolfo le encontró muy triste ante su gran cuadro que debía representar el paso del Mar Rojo.

—¿Qué tienes?—preguntó Rodolfo al entrar.—

—¿Estás preocupado?

—¡Ay!—exclamó el pintor valiéndose de la ale-

goria,—hace quince días que estoy en semana santa.

Para Rodolfo, esta respuesta era transparente como cristal de roca.

—¡Arenques salados y rábanos! ¡Lo recuerdo perfectamente!

En efecto, Rodolfo conservaba aún salada la memoria de cierto tiempo en que estuvo reducido al consumo exclusivo de aquel pescado.

—¡Caramba! ¡caramba!—exclamó—¡esto es grave! Yo que venía á pedirte cien francos...

—¡Cien francos!—prorrumpió Marcelo.—¡Has de vivir siempre de ilusiones! ¡Venirme á pedir esta suma mitológica en una época en que se está siempre por debajo del ecuador de la necesidad! Tú has tomado opio...

—¡Ay!—dijo Rodolfo—no he tomado nada.

Y dejó á su amigo á orillas del Mar Rojo.

De las doce á las cuatro, fué metiendo la nariz en casa de todos sus conocidos, siguiéndolas una por una; recorrió los cuarenta y ocho barrios y anduvo cerca de ocho leguas, sin resultado alguno. La influencia del 15 de abril se hacía sentir en todas partes con idéntico rigor; y mientras tanto la hora de comer se aproximaba. Pero no parecía que la comida se aproximara al propio tiempo que la hora, y Rodolfo se creyó en la balsa de *La Medusa*.

Cuando estaba atravesando el puente nuevo, se le ocurrió de pronto una idea:

—¡Ahora que me acuerdo!—dijo volviéndose atrás—el 15 de abril... el 15 de abril... yo estoy convidado para hoy.

Y registrando su bolsillo, sacó un billete impreso concebido así:

BARRERA DE LA VILLETTE
AL GRAN VENCEDOR

Salón para 300 cubiertos

BANQUETE ANIVERSARIO
EN HONOR DEL NACIMIENTO
del

MESÍAS HUMANITARIO

el 15 de abril de 184...

BONO PARA UNA PERSONA

Nota.—Sólo hay derecho á media botella de vino.

—No divido las opiniones de los discípulos del Mesías,—dijo para sí Rodolfo...—pero dividiría sus alimentos.—Y con velocidad de ave, devoró la distancia que le separaba de la barrera.

Cuando llegó á los salones del *Gran Vencedor*, la multitud era inmensa...El salón de los trescientos cubiertos contenía quinientas personas. Un vasto horizonte de ternera con zanahorias se desarrollaba á la vista de Rodolfo.

Por fin se empezó á servir la sopa.

Cuando los convidados iban á llevar la cuchara á la boca, cinco ó seis personas vestidas de paisano y varios guardias municipales, con un comisario al frente, hicieron irrupción en la sala.

—Señores,—dijo el comisario,—de orden de la autoridad superior, el banquete no puede tener lugar. Ordeno á ustedes que se retiren.

—¡Oh!—dijo Rodolfo, saliendo con todo el mundo.—¡La fatalidad acaba de tirar por tierra mi sopa!

Y tomó tristemente el camino de su domicilio, donde llegó hacia las once de la noche.

El señor Benoit le esperaba.

—¡Ah! ¿es usted?—dijo el casero.—¿Ha tenido presente lo que le he dicho esta mañana? ¿Trae usted el dinero?

—Debo recibir esta noche; le pagaré mañana á primera hora,—respondió Rodolfo buscando su llave y su candelero en la portería.

No encontró nada.

—Señor Rodolfo,—dijo el señor Benoit,—me sabe mal, pero he alquilado su cuarto, y no tengo disponible ningún otro; tendrá que dirigirse á otra parte.

Rodolfo tenía un alma muy grande, y una noche toledana no le asustaba. Además, en caso de mal tiempo, podía dormir en un palco de proscenio del Odeón, lo que alguna vez había ya ocurrido. Así es que reclamó tan sólo sus *efectos* al señor Benoit, cuyos efectos consistían en un lío de papeles.

—Es justo,—dijo el propietario;—no tengo derecho de retener aquéllo; han quedado en el escritorio. Suba usted conmigo; si la persona que ha tomado su cuarto no se ha acostado aún, podremos entrar.

La habitación había sido alquilada durante el día á una joven que se llamaba Mimí, con quien Rodolfo había empezado tiempo atrás un dúo de amor.

Se reconocieron en seguida. Rodolfo dijo algo

en voz baja al oído de Mimi y le estrechó suavemente la mano.

—¿Oye usted cómo llueve?—dijo el poeta llamando su atención hacia la ruidosa tempestad que acababa de estallar.

La señorita Mimi se dirigió directamente al señor Benoit, que esperaba en un rincón del cuarto.

—Oiga usted,—le dijo la joven señalando á Rodolfo...—El señor es la persona que esperaba esta noche... Queda prohibida la entrada.

—¡Ah!—exclamó el señor Benoit haciendo una mueca.—¡Está bien!

Mientras la señorita Mimi preparaba á toda prisa una cena improvisada, tocaron las doce.

—¡Ah!—dijo para sí Rodolfo,—ya ha terminado el 15 de abril, he doblado por fin el cabo de las Tormentas. Querida Mimi,—prosiguió luego levantando la voz, estrechando entre sus brazos á la hermosa joven y besándola en la nuca,—no le habría sido posible darme con la puerta en las narices. Tiene usted muy desarrollado el órgano de la hospitalidad.



XI

UN CAFÉ DE LA BOHEMIA

Vamos á explicar por qué serie de circunstancias Carlos Barbemucho, literato y filósofo platonico, llegó á ser miembro de la bohemia á los veinticuatro años de su edad.

En aquel tiempo, Gustavo Colline, el gran filósofo; Marcelo, el gran pintor; Schaunard, el gran músico, y Rodolfo, el gran poeta, según se llamaban entre sí, frecuentaban con regularidad el café *Momo*, donde les habían dado el sobrenombre de *los cuatro mosqueteros*, á causa de que les veían siempre juntos. En efecto, llegaban y se marchaban juntos, jugaban juntos, y algunas veces dejaban de pagar el gasto que hacían, como una unidad digna de la orquesta del Conservatorio.

Habían escogido para reunirse, una sala donde hubieran estado cómodamente cuarenta personas;